

Intriga Llega la última novela de un autor estadounidense que en muy pocos años se ha consagrado como uno de los 'jefes' del género

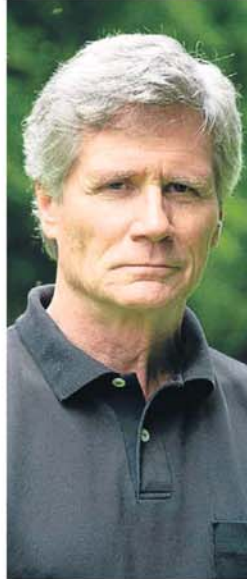
John Verdon tiene gancho

John Verdon
Deja en paz al diablo / Deixa en pau al dimoni
Traducido al castellano por Javier Guerrero y al catalán por Esther Roig i Anna Listerri

ROCA / PROA
504 / 480 PÁGINAS
19,95 EUROS

ÁLVARO COLOMER

John Verdon es un autor desconcertante. No destaca por su estilo, no sobresale por su léxico, no sorprende por su profundidad. Y, sin embargo, resulta tremendamente adictivo. Sus novelas tienen ese *nescio quid* narratológico necesario para que un libro enganche al lector desde la primera página, esa magia de cuentacuentos que hace disfrutar a los niños, esa elocuencia de vendedor que embelesa a quienes ni siquiera querían comprar su producto antes de oírlo. De hecho, incluso aquellas personas con una opinión negativa sobre la calidad media de la literatura policiaca contemporánea –entre las que me incluyo–, se sorprenderán devorando las novelas de este estadounidense cuya trilogía protagonizada por el ex detective neoyorquino Dave Gurney se ha convertido en un best seller internacional, llegando a vender en nuestro país más de 350.000 ejemplares de sus dos entregas anteriores (*Sé lo que estás pensando* y *No abras los ojos*) y pudiéndose prever un éxito similar con esta tercera.



Deja en paz al diablo es una crítica feroz contra los programas de telerrealidad policiaca que tanto proliferan en Estados Unidos y que ya despuntan en nuestras parrillas televisivas. El argumento gira en torno a la realización, por parte de una aspirante a periodista, de una serie de documentales sobre los familiares de las víctimas de un asesino nunca detenido, el Buen Pastor, que diez años atrás mató a los conductores de seis vehículos de gama alta alegando, a través de un manifiesto similar al que hiciera público *Unabomber* en su momento, que había llegado el momento de terminar con la codicia en el mundo. La madre de dicha reportera pide a Dave Gurney que asesore a su hija durante las entrevistas, petición que acabará revelando algunos datos interesantes sobre la identidad de aquel criminal. Pero el libro también esconde una denuncia sobre la proliferación de su-

Su última obra es una crítica feroz contra los programas de telerrealidad policiaca típicos en EE.UU.

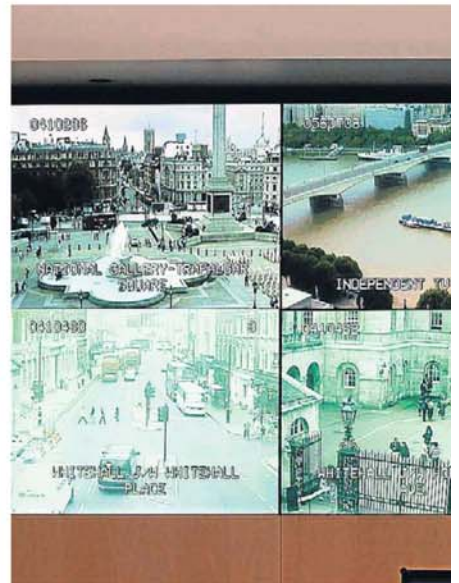
puestos expertos en criminología –también presentes en nuestras televisiones– que, obsesionados con su propia fama, fuerzan la realidad hasta hacerla encajar en sus propias teorías, creando la ficción de que el comportamiento de los delincuentes responde siempre a una serie de patrones, cuando en verdad la diversidad es tan abundante como en cualquier otro ámbito de la psicología humana.

Una vez más Dave Gurney hace gala de esa capacidad analítica, de

Novela negra y telebasura

El género negro siempre ha sido muy crítico con el modo en que los medios de comunicación abordan las noticias de sucesos. La proliferación de programas de telerrealidad policiaca, así como de periodistas sensacionalistas en los magazines televisivos, ha sido objeto de no pocos ataques por parte de los escritores negrocriminales. La última novela de John Verdon es un claro ejemplo de este desprecio hacia la telebasura, pero también lo fue *Crimen en directo* (Maeva, 2010), donde Camila Läckberg lanzaba una crítica feroz contra los reality-shows que rompen todas las reglas morales en pro de la audiencia. En nuestro país han sido Lorenzo Silva –*Muerte en el reality show* (Rey Lear, 2007)– y Andreu Martín –*De todo corazón* (Nowtilus, 2008)– quienes han machacado con más dureza dichos formatos. El primero lo hizo a través de una novela, confeccionada a partir de la interacción con los lectores, sobre la muerte de una concursante en directo, y el segundo con una historia sobre un periodista de prensa rosa que aparece asesinado. Abandonando el género negro, una de las críticas más brutales vino de la mano de Amélie Nothomb, cuyo *Acido sulfúrico* (Anagrama, 2007) mostraba un reality-show consistente en encerrar a los participantes en un campo de exterminio.

Un policía en la sala de operaciones del Centro de Comunicaciones de Lambeth, Londres
DAN KITWOOD / GETTY



PATROCINADO POR



esa desconfianza hacia las causas aparentes, de esa metodología de trabajo cartesiana, que ha llevado a la crítica a afirmar que este detective es el Sherlock Holmes del siglo XXI y que su esposa Madeleine juega un papel parejo al que tuviera el doctor Watson con el inquilino de Baker Street.

Esta comparación, lógicamente exagerada, encuentra cierto apoyo en el hecho de que John Verdon ha comentado en alguna ocasión que se enroló en el género negro tras leer y analizar *El perro de Baskerville* (1901), de Arthur Conan Doyle. Igualmente, el autor ha confesado su adicción a las obras de Peter Robinson y Reginald Hill, de quien ha dicho que siempre envidió su elegancia. Con esos escritores comparte John Verdon ciertos elementos narrativos, pero no cabe duda de que, al menos en esta novela, se escuchan ecos de Harlan Coben, ya que *Deja en paz al diablo* también basa su argumento, igual que acostumbra a hacer su colega, en la necesidad de rehacer la investigación que ya realizara, diez años antes, por otro investigador (en este caso, el FBI), en un claro intento de denunciar la falta de pensamiento crítico en la institución policial estadounidense, la cual acostumbra a usar un único método deductivo para todos los casos, sin valorar que cada crimen requiere de una estrategia de investigación distinta. Y es que el auténtico leit-motiv de John Verdon siempre ha sido la búsqueda de respuesta a una pregunta: ¿Por qué nos dejamos guiar por nuestras creencias cuando los hechos muestran una realidad distinta?

Por último, destacar la correlación existente entre la vida del autor y la del personaje. John Ver-

don (Nueva York, 1942) trabajó como publicista en Manhattan durante 32 años, retirándose a los 53 a un pueblecito de las afueras de Nueva York y escribiendo su primera novela a los 65. Por otra parte, Dave Gurney también hizo su primera aparición habiendo abandonado de su anterior oficio, el de policía, y habiéndose retirado a vivir a los Catskills, igual que su creador. Además, ambos comparten cierta adicción al trabajo, cierta introversión y, en definitiva, cierto carácter esquivo. Sin embargo, si hay una coincidencia que destaca por encima de las demás es la de sus esposas. Si ya hemos comentado que Madeleine es la doctora Watson de esta trilogía, también se debe destacar que Naomi, la mujer de John Verdon, fue la responsable de que su marido, ya en la jubilación, decidiera probar suerte con la literatura. Ella le sugirió que escribiera una novela y él, que recibió la sugerencia

Tras trabajar varios años como publicitario, Vernon escribió su primera novela a los 65 años

con agrado, se sentó a la mesa con dos únicas premisas en la cabeza: elegir un género que le permitiera disfrutar del proceso de escritura (el suspense) y escribir una historia que hiciera pasar un buen rato a su mujer. Y, si se me permite la especulación, diré que tal vez ahí está la clave de la adicción que provoca Verdon: sus novelas han sido escritas para dar gusto a su esposa. Son, por tanto, novelas que nacen del amor. Quizá no haga falta más para alcanzar el éxito. |

Latidos

Espejo de España

SERGIO VILA-SANJUAN

Hay amplio consenso en que, por encima de cualquier biografía, el mejor retrato directo que se ha hecho de Franco es el de su primo y asistente Francisco Franco-Salgado Araujo, "Pacón", donde, junto a las grandes cuestiones políticas, asoman las grietas y mezquindades de la vida diaria en el Pardo durante los años de la dictadura. *Mis conversaciones privadas con Franco*, uno de los libros más vendidos de 1976, fue elaborado a partir de un manuscrito con cuya pista dio casualmente José Manuel Lara Bosch durante una cena en el Ritz, y detallaba las comidas "aburridísimas" en Palacio, los tráficos de influencia



Concesión del primer premio Espejo de España, en Madrid, febrero de 1975

internos y las "trapisondas" de la señora de Huétor para que doña Carmen recibiera regalos de los joyeros y comerciantes españoles, entre otros detalles.

El libro de Pacón es uno de los que aparecieron en la Colección Espejo de España de Editorial Planeta, dirigida por Rafael Borrás Betriu entre 1973 y 1995. Cualquier interesado en la historia contemporánea tiene una deuda con ella, y muchos de sus títulos son hoy piezas de caza mayor en librerías de viejo o en Iberlibro. Por citar solo algunos de los libros de memorias que aportó, tenemos las de Areilza, Sánchez-Albornoz, Ridruejo, Serrano Suárez, Alcalá-Zamora, Sáinz Rodríguez, Laín Entralgo, Diego Abad de Santillán, Martínez Barrio, Dolores Ibarruri, los generales Mola, Cabanellas, Kindelán...

La editorial Trea publica ahora *Una colección para la transición. Espejo de España de la Editorial Planeta*, adaptación de la tesis que David Escobar leyó en la Universidad de Burdeos en el 2008. Un trabajo que completa la información que brindan los tres libros de memorias de Rafael Borrás.

A mí el tema me es muy próximo porque el primer premio Espejo de España, vinculado a la colección y creado en 1975, lo ganó José Luis Vila-SanJuan con *García Lorca asesinado. Toda la verdad*. Mi padre había publicado en 1972, en ediciones Nauta, una obra que tuvo serios problemas con la censura: *Así fue. Enigmas de la guerra civil española*. Su capítulo sobre la muerte del poeta granadino le valió una demanda por injurias de Ramón Ruíz Alonso, ex diputado de la CEDA, a quien se identificaba, por primera vez en un libro de amplia difusión en España, como el hombre que le detuvo en julio de 1936. Animado por Borrás mi padre amplió y desarrolló este capítulo en un nuevo libro, con el que concursó al premio, donde venció en una reñida votación final a Eduard Pons Prades. Una vez publicado fue un best seller, que puso de nuevo a Ruíz Alonso en el ojo del huracán, con la prensa española tras sus pasos. Después de decenios de impunidad, y viendo que ninguna demanda iba ya a servirle, el personaje huyó a EE.UU. Murió en Las Vegas en 1978, cargando con una responsabilidad que investigaciones posteriores no han dejado de reafirmar.

